

# Differenz

*Revista internacional de estudios heideggerianos y sus derivas contemporáneas*

AÑO 10, NÚMERO 9: JULIO DE 2023. ISSN 2695-9011 - e-ISSN: 2386-4877 - DOI: 10.12795/Differenz.2023.i09.06  
[pp. 131-163]

Recibido: 28/09/2021

Aceptado: 05/11/2021

## **La jerga del perjuicio. El pensamiento de Adorno sobre Heidegger a la luz de los *Cuadernos Negros***

## **The Jargon of prejudice. Adorno's thought on Heidegger in the light of the *Black Notebooks***

**Matteo Simonetti**

**Universidad de Salamanca**

### **Resumen:**

Este ensayo pretende profundizar en la naturaleza y la génesis del juicio que T. W. Adorno da de M. Heidegger en *Jargon der Eigentlichkeit*. A través de un análisis textual tanto puntual como comparado, que toma en consideración en particular, para Heidegger, los *Schwarze Hefte*, el autor demuestra cómo Adorno desarrolla una argumentación ideológica más que filosófica, dictada por una contraposición que es sociológica, histórica y política, que a menudo le lleva a tergiversar, si no a manipular, el pensamiento mismo de Heidegger. Dentro del ensayo de Adorno se enfrentan dos mundos culturales inconciliables y el resentimiento hacia Heidegger, que se convierte en enemigo más que

adversario, inicia el discurso filosófico de Adorno, llevándolo más allá del sano *polemos*, hasta episodios de invectiva irracional.

**Palabras Clave:** Adorno; Heidegger; Jerga; *Cuadernos Negros*.

**Abstract:**

This essay aims to deepen the nature and the genesis of the judgment that T. W. Adorno gives about Heidegger in *Jargon der Eigentlichkeit*. Through a testological analysis both punctual and comparative, which examines in particular, for Heidegger, the *Schwarze Hefte*, the author shows how Adorno carries out an ideological argument rather than philosophical, dictated by a contrast that is sociological, historical and political, which often leads him to misrepresent, if not to manipulate, the very thought of Heidegger. Adorno's essay deals with two irreconcilable cultural worlds and resentment towards Heidegger, who here becomes an enemy rather than an adversary, weakens the philosophical discourse, taking it beyond the *polemos*, to episodes of irrational invective.

**Keywords:** Adorno; Heidegger; Jargon; *Black Notebooks*.

Entre 1962 y 1964 Theodor W. Adorno escribe un ensayo, inicialmente destinado a convertirse en un capítulo de *Dialéctica Negativa*, pero que luego será ampliado y publicado de forma independiente<sup>1</sup>. Se trata, en los propósitos manifiestos, de una dura crítica a la ideología alemana del siglo XX, pero en el fondo se concreta en un ataque directo a Martin Heidegger y a su lenguaje. El título del libro es *La jerga de la autenticidad. Sobre la ideología alemana*<sup>2</sup> y el gran objetivo es precisamente el filósofo de la cabaña de Todnauberg y "la suciedad que está debajo de él", suciedad con la que, según Adorno, el mismo maestro de la ontología tiene mucho en común<sup>3</sup>.

El texto en realidad parte de la crítica al "círculo de los auténticos", es decir, a un grupo de intelectuales anti-hegelianos y en general antinacionalistas, en gran parte judíos y dirigidos por Martin Buber y Franz Rosenzweig, que en los años veinte intentan conciliar partes de la filosofía alemana con la tradición judía. Pero como este intento de crítica por

1 Como artículo apareció en la revista *Neue Rundschau* LXXIV en 1963, como libro fue publicado por Suhrkamp en Frankfurt en 1964 (luego reimpuesto en 1967).

2 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit. Zur deutschen Ideologie. GS VI*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 2020, pp. 415-525.

3 Cfr. Carta de Adorno a Kracauer del 22 de noviembre de 1963, inédita y disponible en el Adorno Archiv de Frankfurt.

parte de Adorno, y el nexa posterior con Heidegger y el “grupo” post guerra es discutible y parece nacido más que nada de polémicas confesionales, en este escrito no lo tomaremos en consideración<sup>4</sup>.

La tesis central del texto de Adorno es que Martin Heidegger (mencionado ciento setenta y ocho veces) ha ideado, justificando y promoviendo su uso, un lenguaje aparentemente incomprensible pero que en realidad sirve de perfecto apoyo al poder y a sus dinámicas de opresión. Tal poder, obviamente según Adorno, es nacionalsocialista y por lo tanto capitalista<sup>5</sup>. En efecto, la falta de anclaje de este lenguaje al mundo real, es decir, a la carga de la prueba de lo que se dice, facilitaría las operaciones totalitarias y mortificaría la vida real, convirtiéndose precisamente en lo que este lenguaje dice denunciar, es decir, la habladoría para nada reflexiva y estéril<sup>6</sup>.

El propósito de mi estudio es comprobar la solidez de las posiciones de Adorno, no sólo con un análisis textual de la argumentación, sino también poniéndolas en paralelo tanto con lo que sostiene Heidegger en las obras conocidas en el momento de la redacción, como y sobre todo, con lo que emerge de la lectura de los *Cuadernos Negros*<sup>7</sup>.

Hay que tener en cuenta que en 1962, año en que comenzó la redacción del ensayo, Adorno da en la Universidad de Frankfurt cursos sobre la terminología filosófica, que anticipan los contenidos del mismo, y que el año siguiente aparece el artículo “*Parataxis. Sobre la última lírica de Hölderlin*”. Es evidente entonces que Heidegger se ha convertido en su principal objetivo durante este período, a pesar de la indiferencia con la que este lo trata<sup>8</sup>. El ataque se caracteriza por una especial agudeza incluso durante las mencionadas

---

4 Véase BODEI, R. “Introducción” a ADORNO, T. W. *Il gergo dell'autenticità*. Torino: Bollati-Boringhieri, 2016., pp. XIV-XV

5 Para Adorno el nacionalsocialismo es una variante del fascismo, que a su vez es una variante del capitalismo, y por lo tanto Hitler sería un simple instrumento del capitalismo. Esta teoría, expuesta junto con Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración*, se limita a repetir comunes y recurrentes opiniones marxistas. Lo detecta por ejemplo J. Herf en *Il modernismo reazionario*. Milano: Rusconi, 1988, 34-38. Herf, aunque da a entender que esta interpretación histórica es en el fondo un poco simplista, avala el pensamiento de Adorno en cuanto al contenido de *La jerga de la autenticidad*, también con referencias directas.

6 “La jerga se ha normalizado mientras tanto, como el mundo que se le niega sólo con palabras”. ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 417.

7 Para estos últimos, en este lugar, sólo podré remitirme a los temas de referencia, reenviando el lector, para su profundización, a mi texto *I Quaderni Neri di Heidegger. Una lettura politica*. Alatri: Idrovolante, 2019.

8 Heidegger declaró que nunca había leído nada de Adorno, de “este sociólogo”, cfr. BODEI, R. *Op. cit.*, p. XLV, aunque quizás fue tocado por este ataque ya que, quejándose del rumbo que estaba tomando la cultura alemana, escribió: “Lo que se está haciendo se puede deducir de un discurso de Ulrich Sonnenmann [...]: Sólo cuando Karl Kraus se haya convertido en una lectura popular y

lecciones, hasta el punto de suscitar las protestas de un estudiante, contenidas en una carta dirigida al mismo Adorno<sup>9</sup>.

La jerga en cuestión es considerada por Adorno una “enfermedad profesional” y “el síntoma de una semi-cultura” incapaz de “ponerse al día” y participar de la “cultura más refinada”<sup>10</sup>. Este enfoque maniqueo, basado en argumentos *ad personam*, revela en el francfortés una oposición irreductible, casi irracional, que demoniza los fundamentos del adversario sin refutarlos, dándolos por muertos o moribundos, considerándolos caprichos de retrógrados derrotados por la historia que tratan de darse un tono, adversarios que incluso quisieran “presentarse [...] como individuos dotados de esencia propia”(casi como si no la tuvieran, y fueran más bien objetos y no sujetos)<sup>11</sup>.

El primer argumento es la religiosidad, el sentimiento religioso para ser exactos, que, según Adorno, se mantiene vivo entre la gente alemana por la ideología en cuestión, cuando en verdad esa religiosidad ya está derrotada: “La jerga seculariza la disposición alemana a sin mediación imputar al hombre como lo positivo una relación positiva con la religión, aun cuando su religión se haya derretido y se haya calado como no-verdadera”<sup>12</sup>. Adorno condena abiertamente el sentimiento religioso “como mera mentalidad, en último termino como disposición de los sujetos, a costa de la religión misma”.<sup>13</sup>

Vale la pena preguntarse entonces: si la religiosidad es mera mentalidad, ¿cómo puede ser disuelta y derrotada? ¿Cómo se puede decretar su falsedad? Evidentemente Adorno postula la superioridad de la religión revelada sobre la religiosidad como actitud sacralizante, característica de la segunda producción heideggeriana pero presente también anteriormente. Todo esto es tachado de irracional porque “tal irracionalidad tiene una función de aglutinante” heredada “puerilmente, a la manera de las antologías latinas que elogian el amor a la patria en sí [...] aunque la patria de cada caso oculte las más graves vilezas”<sup>14</sup>. Aquí se desprende inmediatamente que es de política de lo que se habla y se hablará. De nacionalsocialismo, de antisemitismo, de nacionalismo, etc., aduciendo como prueba el hecho de que algunos conceptos son en sí mismos refutados por los

---

Adorno una lectura para maduros, será posible ayudar a los alemanes”. HEIDEGGER; M.-KASTNER, E. *Briefwechsel 1953-1974*. Berlin: Insel, 1986, p. 83. Cit. en NOLTE, E, *Martin Heidegger tra politica e storia*. Bari: Laterza, 1994.

9 Cfr. BODEI, R. *Op. cit.* p. XXVII.

10 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., pp. 424-425.

11 Ibid.

12 Ibid., pp. 426-427.

13 Ibid., p. 426.

14 Ibid., p. 427.

resultados de la historia, sin tener en cuenta que estos hayan podido ser meramente contingentes. Es evidente que el amor patrio por Adorno no puede darse sino hacia una patria inmaculada, que por lo tanto no puede ser Alemania, con mayor razón después de Auschwitz, momento que marca un antes y un después también para la posibilidad de mirar poéticamente al mundo. El intento de levantarse de los escombros de la guerra, el optimismo posbélico, la voluntad también filosófica de volver a apropiarse de una cercanía con lo sagrado, lo bueno, lo digno de ser vivido, le parecen a Adorno una ofensa imperdonable. La crítica a la “alabanza de la positividad” que sale “de Jaspers para abajo” ya es culpable e irresponsable<sup>15</sup>.

Adorno cita con desprecio un pasaje del poeta Werner Bergengruen que dice: “Lo que de dolor vino fue pasajero. Y mi oído no percibió mas que himnos de alabanza”, y luego otro de Rilke: “Todo respira y agradece. Oh, vosotras urgencias de la noche, como desaparecisteis sin dejar huella”<sup>16</sup>. No, evidentemente para el sociólogo no se puede gozar ni reconfortarse: el *estar-ahí* de los alemanes es definitivamente condenable, por lo menos si sigue bebiendo del pasado sin pasar por el fuego de la revolución total. Doblemente culpable es entonces Bergengruen si es tan agradecido al mundo y a la vida sólo unos pocos años después de la “época en que a los judíos a los que no se había gaseado lo bastante se los arrojaba vivos al fuego, donde recobraban la conciencia y gritaban”<sup>17</sup>. El enemigo a combatir aquí, para Adorno, es el “alma serena” de los alemanes.

Siempre permaneciendo en el tema del holocausto, Adorno cita el Informe Kogon, “según el cual las peores atrocidades de los campos de concentración habrían sido cometidas por jóvenes hijos de campesino” y dicho informe “condena todo discurso sobre el amparo; las relaciones rurales, su modelo, empujan a sus desheredados a la barbarie”<sup>18</sup>. Y he como se introduce el segundo tema de la crítica: el mundo no urbano y tradicional es portador de desgracia y ya no repetible.

Según Adorno,

la lógica de la jerga introduce de contrabando como positividad lo limitado, en ultimo termino las situaciones de carencia material, y promueve su eternización en el instante en que, según el estado de las fuerzas humanas, tal limitación ya no debería realmente existir<sup>19</sup>.

---

15 Ibid.

16 Ibid., p. 428.

17 Ibid., p. 429.

18 Ibid., p. 430.

19 Ibid.

Este paso es esencial para comprender la posición de Adorno, antitética a la de Heidegger, aunque esta última haya sido realmente bien comprendida y sin embargo aborrecida. Analicémoslo en detalle: el concepto de limitación da por supuesto que el vivir según la tradición rural es para el campesino un límite hacia un deseo que seguramente está en él presente y que, por tanto, lo empuja a su satisfacción. Este prejuicio no se acuerda al pensamiento de quién –tanto en los ritmos como en los ambientes, tanto en la relación con el pasado como en el de la “proyectualidad”– en la eternidad, entendida como invariable naturalidad del ser hombres, experimenta plenitud y satisfacción. En una óptica progresista como la de la que parte Adorno, al margen de las críticas al capitalismo que, como en Marx, no dan con el blanco propio, sino que lo fortalecen<sup>20</sup>, la ruralidad, el campo, la producción, el sector primario, son un “ulceroso retraso del mundo” usando la expresión de Lukács. La hostilidad hacia el mundo rural es carácter típico de todo marxismo, desde el manifiesto del partido comunista, en el que se habla de “idiotismo rural”, desde el Holodomor, hasta el cosmopolitismo posbélico y el actual globalismo urbanizado.

El progresismo actual, que ha ido perdiendo su vínculo con la lucha de clases y se ha transformado en el apoyo a las élites financieras, ve el mundo rural y el sub-provincial como un monigote, también desde el punto de vista electoral. En las últimas elecciones, en todo Occidente, desde la situación italiana a la Presidencia Macron, desde el *Brexit* al último trumpismo, es el terciario avanzado que sostiene el progresismo actualizado, mientras que se opone precisamente por el mundo “bajo” y productivo, demonizado y ridiculizado por parte del primero por su supuesta barbarie iletrada y tosca. La indigencia material a la que se refiere Adorno, si hoy ocasionalmente golpea al mundo rural precisamente por las decisiones políticas globalizadoras, es propia de la juventud urbanizada y precaria que vive en una dimensión de extrema elasticidad ocupacional y de baja retribución. Los empleados de Starbucks y Amazon son los nuevos indigentes. Mientras que el mundo rural está protegido, en su nivel de vida de un abanico residual de necesidades no inducidas, los habitantes de las mismas metrópolis occidentales se pierden en la vorágine del consumo y de la tristeza, hábilmente atenuadas por evasiones esporádicas en el mundo de la recreación, de la fiesta y de la participación masificada.

El grado de desarrollo de las fuerzas humanas, al que se refiere Adorno, presupone una linealidad histórica que hoy es desautorizada por los hechos, como el rediseño actual del

---

20 Según Marx, ya en el *Manifiesto* de 1848, la burguesía y el capitalismo deberán alcanzar la cumbre de su desarrollo para luego implosionar y dejar el campo primero a la dictadura del proletariado y luego al advenimiento de la sociedad sin clases y sin Estado. Además, Marx destaca también el papel positivo de la burguesía en la liberación del mundo de la aristocracia y de la ruralidad. Estas afirmaciones tienen el efecto inmediato no de oponerse al poder del capitalismo, sino de luchar por su afirmación.

capitalismo que sale de los encuentros de Davos y afines y se impone como prioridad sin la cual el abismo se presenta como inminente. Teorías como las del “decrecimiento feliz” tienen su contrapeso en las estrategias neocapitalistas que se concretan en la programación ecologista y redistributiva. La referencia a una limitación que ya no debería ser real, que Adorno cita, no es más que la confirmación del error de previsión más macroscópico del marxismo, cuya realización se ha dado, y sabemos a qué precio, sólo en los países donde la base popular no era la clase obrera sino la campesina. Que los obreros de las ciudades ya no estaban dispuestos a la lucha porque estaban atónitos por las lisonjas del capital se había dado cuenta Marcuse, cuando llamaba a la movilización de los “últimos” para la realización de las instancias revolucionarias. Pero, la culpa de Heidegger es trabajar por la supervivencia de ese mundo a través de un testimonio “sacerdotal”, más precisamente de telepredicador al estilo norteamericano<sup>21</sup> que apostaría más por el “testimonio” que por la convicción a través de la razón. Aquí Adorno tiene razón: es comprensible que Heidegger tenga muchas más esperanzas en el testimonio, en el estilo, en el ejemplo, que en el argumento. No podría ser de otro modo si se parte de la premisa, como es la suya, que a través del lenguaje corroído por la razón instrumental y los dispositivos de la técnica, no sea posible ni siquiera acercarse a la verdad oculta. Si se recurre a Hölderlin y a la poesía como fuente de verdad, ¿cómo sorprenderse de que no se confíe totalmente a la exposición racional de las propias “razones”?

Señalo que precisamente en la democracia liberal de hoy, en la que los programas de los partidos que compiten son prácticamente los mismos, en la que las promesas y las lecturas de lo real nunca se cumplen y ni siquiera son recordadas, sería necesario recordar constantemente el testimonio, la praxis y la congruencia con lo que se afirma. En la época de la “presencialidad”, el decir y no decir al mismo tiempo, es una estrategia de las representaciones políticas, acostumbradas a cambios repentinos de frente, de alianzas, de papeles, en una perfecta reedición del transformismo de la primera Italia, del que nunca se le pide rendir cuentas.

Otros conceptos fundamentales, que se encuentran en los dos últimos pasos mencionados, son los de *refugio* y de estar *a salvo*, que en gran parte se solapan. Adorno sostiene que “la existencia de un refugio donde estar a salvo se deduce simplemente de la necesidad de que el hombre se procure uno [...] el estar a salvo ontológico es simplemente puesto”. El sociólogo cita un pasaje de *Neue Geborenheit* de O.F. Bollnow en el que se subraya que Heidegger recuerda la importancia del habitar y la falta de apartamentos. En este paso, se menciona un pasaje heideggeriano: “el hombre ha perdido su esencia

---

21 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 432.

propia y por eso no encuentra paz”. Si unimos estas consideraciones a las del ataque a la ruralidad, emerge, según Adorno, que el desprecio para el que tiene suelo o lo busca pueda explicarse a la luz del contraste nacionalsocialista al ser apátridas de los judíos de la diáspora, de la cual Adorno se siente evidentemente parte, y entendemos el porqué de la radicalidad de esta contraposición. La adhesión heideggeriana al movimiento hitleriano por Adorno es en todo culpable y reveladora.

Por lo que concierne esta “adhesión culpable”, si sólo Adorno hubiera podido conocer el contenido de los *Cuadernos Negros* sobre estos temas, se habría sorprendido, en primer lugar, al constatar que la crítica al nacionalsocialismo es, sin lugar a duda, el tema central de estos, y en segundo lugar, se habría escandalizado de su insistencia en el papel del judaísmo como agente de la mundialización y del desbordamiento de la técnica. En efecto, son al menos ciento diez los pasajes de los cuadernos en los que Heidegger se refiere claramente al nacionalsocialismo<sup>22</sup>, nombrándolo o no, y en estos no es posible encontrar uno que manifieste un pleno acuerdo, es más, la gran mayoría de ellos son críticos. Heidegger vive su adhesión al nacionalsocialismo como punzón al sistema, como intento de evitar que se cristalice en posiciones no meditadas, y se ve a sí mismo como capaz de dar una dirección distinta a los acontecimientos.

Empujado a la aceptación de la rectoría, actúo por primera vez contra la voz más íntima. Si ocupo este cargo, en el mejor de los casos, podré evitar solo esto o aquello. Para una reconstrucción –suponiendo que sea totalmente posible– faltan los hombres<sup>23</sup>.

Así escribe Adorno: “Tanto en el concepto de la habladuría, así como en el esbozado con simpatía del estar-a-la-mano, el antepasado filosófico del ‘estar a salvo’, una experiencia de sufrimientos se reinterpreta en su contrario”<sup>24</sup>. El estar a salvo de Heidegger, a pesar de que Adorno lo interprete precisamente en este sentido, no es un elogio de la tranquilidad burguesa<sup>25</sup>, sino el pensar peligrosamente y *el estar* erguidos y escuchando en el claro (*Lichtung*). ¿Seguro de qué? Del mismo formar parte de un ser que tiene raíces profundas y no puede separarse de los miasmas del modernismo en modo de habladuría (*Gerede*) y propaganda.

22 Cfr. SIMONETTI, M, *I Quaderni Neri di Heidegger. Una lettura politica*. Cit., p. 198.

23 HEIDEGGER, M. *Überlegungen II-VI (Schwarze Hefte 1931-1938)*. GA 94. Frankfurt am Main: Klostermann, 2014, p. 4.

24 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 484.

25 V. *Ibid.*, p. 435.



Para el resto Heidegger se declara abiertamente y fuertemente anti-burgués y anticapitalista, aunque hubiera querido tener más tiempo, y tal enojo es un punto cardinal de los *Cuadernos Negros*, para hacer madurar una concepción de socialismo más radical, más ontológica, que no es ni la del comunismo soviético ni la del nacionalsocialismo alemán, totalmente afines a los mecanismos de la técnica y del cristianismo jesuita. Esta posición de Heidegger es compartida también por Jaspers y, en efecto, Adorno cita escandalizado un pasaje de este último en el que se sitúan en el mismo plano teórico de la raza, marxismo y psicoanálisis. Si el primer concepto es típicamente nacionalsocialista (aunque los primeros teóricos del racismo no son ni alemanes ni nacionalsocialistas, más bien anglófonos y franceses), el segundo soviético y el tercer europeo, todos son expresión del mismo malentendido: se presentan como una solución opuesta al mundo burgués dominado por la técnica y las relaciones inauténticas (*uneigentlich*), cuando terminan por ser sólo una consecuencia y luego un refuerzo de este. El sentido de esta reflexión que, repito, es tanto jasperiana como heideggeriana, es la toma de conciencia de que los tres se mueven dentro de un horizonte materialista y desacralizador. Según Jaspers, estigmatizado por Adorno, “las tres direcciones son adecuadas para destruir lo que para el hombre parece tener valor”<sup>26</sup>. En esta situación, Adorno lamenta que la ideología racista y la marxista sean equiparadas.

El ataque de Adorno al pasado continúa. Todo lo que sabe de estable y de confirmatorio asusta mortalmente al sociólogo, así como en su filosofía de la música una cadencia perfecta aterroriza y hace vano todo el esfuerzo teórico hasta entonces sostenido al servicio del atonalismo<sup>27</sup>.

El sarcasmo adorniano se refiere incluso a ciertas palabras alemanas: “guardabosque” (*Jägermeister*), “vieja monja de clausura” (*Alte Klosterfrau*), “taberna” (*Schanke*), que serían peligrosísimas puesto que con su uso “se explota la promesa de felicidad de lo que debió venirse abajo, se sangra lo que por mor de su hundimiento únicamente con posterioridad destella como algo concreto”<sup>28</sup>. Como si de un dulce recuerdo pudiera emerger algún tipo de culpa, Adorno nos pone en guardia contra el disfrute de la belleza, de la misma manera que se refiere al feo pero necesario avance de la dodecafonía schoenberguiana. ¿Por qué la figura del guardabosque tendría su encanto precisamente en haber desaparecido? Parecería que Adorno querría que Leopardi nunca hubiera escrito sus idilios sobre las agradables ilusiones de juventud y los engaños de la naturaleza.

---

26 Ibid., p. 438.

27 Cfr. SIMONETTI, M. *Stasera dirige Nietzsche. La musica tra filosofia e politica*. Roma: Pantheon, 2005.

28 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 441.

¿Por qué siente esta necesidad? Los motivos son diferentes: estas palabras evocan al mismo tiempo una vivencia típicamente alemana, rural y arraigada. Es evidente que no puede conocer ni gozar de estas figuras, ya que no se siente alemán, en el fondo. Sus raíces son apátridas, urbanas y judías, y todo lo que él siente ser, es lo que los nacionalsocialistas con su antisemitismo han estigmatizado y golpeado implacablemente. En realidad, no fueron los nacionalsocialistas, sino todos los filósofos alemanes, desde Lutero en adelante, con raras excepciones, los que compartieron esta hostilidad hacia estos grupos no integrados<sup>29</sup>.

¿Puede considerarse "pueril" este enfoque de la situación existente como una mejora continua de las condiciones humanas, como Adorno acusa de ser la "jerga de la autenticidad"<sup>30</sup>? En lugar de una pluralidad de enfoques, de concepciones sociales y políticas, de ramificaciones y cristalizaciones geopolíticas, Adorno ve solamente "formaciones regresivas de la conciencia"<sup>31</sup>.

Aunque Heidegger sea presentado como el "fuera del coro", el que se aleja de esta torpeza, sigue siendo, a los ojos del francfortés, un provinciano. La acusación de provincianismo<sup>32</sup> de por sí es característica de la que hay que disculparse y es imperdonable que el filósofo decante "el valor de las cosas simples" y el trabajo artesanal<sup>33</sup> que quisieran oponerse a la masificación. También la "revalorización de las cosas baratas", típica de este culpable provincianismo y de su sencillez, es hija del mero "atraso histórico" y "signo de ese pensamiento homologado del que Heidegger finge haberse sustraído"<sup>34</sup>. Y si alguien, como Heidegger, en el momento de la experimentación artística, del abstractismo, de la dodecafonía, incensadas por Adorno, escribe: "cuando a la entrada del verano florecen solitarios narcisos ocultos en la pradera, y la rosa de los Alpes brilla bajo el arce..." se presenta, para Adorno, como un vulgar retrógrado. "Cuando desde las pendientes del valle de altura por donde pasan lentos los rebaños no dejan de sonar las esquilas y cencerros", y así sucesivamente, para Adorno son manifestaciones de un "lenguaje obsoleto" que expresa sólo "lo arcaico" que mira aún al mito de manera "semi-poética". El hecho de que Heidegger avale este provincianismo "dándole un significado positivo" sólo denota "una estrategia hábil"<sup>35</sup>.

29 Cfr. DI CESARE, D. *Heidegger e gli ebrei*. Torino: Bollati Boringhieri, 2016, pp. 36-74

30 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 427.

31 Ibid., p. 441.

32 Ibid., p. 446.

33 Ibid.

34 Ibid., p. 447.

35 Ibid., pp. 447-448.

Ahora habría que preguntarse qué puede saber Adorno de valles, narcisos, rosas alpinas y arces. Habría que saber si el desarraigo al que clama es una elección o el resultado de una falta estética. Un filósofo que se expresa poéticamente a sus ojos es doblemente culpable, ya que el mal que proviene de Auschwitz debería de callar a todos, pero aún más a quien, con el pensamiento, debería haber investigado sus causas primeras. Heidegger pecaría, por lo tanto, de optimismo y de vitalidad, de abandono y serenidad, ya que “presupone la existencia de una armonía preestablecida entre el contenido esencial y el parloteo que recuerda la tierra natal”<sup>36</sup>.

¡Nunca recuerdes la tierra natal! –parece amonestar Adorno. Nunca hay que trabajar con los campesinos y sentarse en silencio con ellos, como dice Heidegger, y si se hace, si se aclara que “la pertenencia íntima de su trabajo a la Selva Negra y a sus hombres se basa en un insustituible arraigo secular en el suelo”, entonces se hace para “engraciarse el ambiente agrícola”<sup>37</sup>. No se entiende la necesidad que tiene Heidegger de conquistar este entorno, ni cómo el propio entorno pueda conocer cuánto escribe Heidegger en sus libros. No se puede sino sonreír ante esta afirmación, pero es, preciso comprender el motivo de esta afirmación: la emersión del espíritu judío, que no tiene tierra natural secular, ni campesinos, ni arces, y que mira a todo esto como el motivo de sus dramas históricos.

Como en Marx, en Adorno, el mundo rural es culpable de no doblegarse a su propio paso. Si bien es un mérito de la burguesía y del capitalismo haber alterado el orden tradicional de la producción económica y del consumo, el mundo campesino es lo peor que se pueda encontrar hoy en día en el panorama sociopolítico:

El pequeño campesinado debe la continuidad de su existencia únicamente a los obsequios de esa sociedad del canje a la que según la mera apariencia se le ha quitado el fundamento y el suelo de aquél; ante el canje los campesinos solo tienen en su horizonte una cosa peor aún, la inmediata explotación de la familia sin la cual estarían en bancarrota [...] la crisis permanente de las pequeñas empresas agrícolas, tiene su eco en la oquedad de la jerga<sup>38</sup>.

Este pasaje expresa el odio de Adorno hacia lo que no respeta la necesaria aceleración de los tiempos: no es cierto que la supervivencia de los campesinos se derive de los dones de la sociedad capitalista, sino que es ésta la que se apoya en la producción de los primeros. No es cierto en absoluto que los campesinos puedan quebrar, ya que la *ruptura del banco* no tiene nada que ver con un sistema autárquico. La quiebra del banco se

---

36 Ibid.

37 Ibid., p. 449.

38 Ibid., p. 450.

produce cuando se especula de forma desmesurada y cuando la economía real es atacada por las finanzas y la moneda. La familia, así como la presenta Adorno, olvidando la lección de Hegel que la concibe como el núcleo originario que da sentido a la sociedad civil y al Estado, es la misma que propone Marx, cuando la considera como una superestructura cualquiera, destinada a transformarse inexorablemente con el cambio de los modos de producción. Las figuras parentales, la relación fraternal, la monogamia, la relación heterosexual, todo esto debería desaparecer, justamente según Adorno, cuando se haya realizado la transformación de los modos de producción. No hay, por lo tanto ninguna regularidad natural, ningún sentido innato y arcaico en esta. Pero la idea del banco, antes mencionada, está continuamente presente en esta parte del texto, en compañía de todo lo que implica la mediación financiera. Conviene citar un pasaje entero:

Quien por su tipo de trabajo se ve forzado a la permanencia local hace con gusto de la necesidad virtud y trata de convencerse a sí y a los demás de que su apego es de orden superior. Lo refuerzan en ello las malas experiencias con los intermediarios del campesino constantemente amenazado de insolvencia. El odio del socialmente torpe y posiblemente no admitido hacia el más pulido y tratable como ajillo de todas las salsas se aúna con la antipatía hacia el agente, desde el comerciante pecuario hasta el periodista<sup>39</sup>.

Estamos en la campaña contra la ciudad, como decía antes, en una anticipación de esa conversión al progresismo que hoy notamos, sólo para dar un ejemplo cercano, en los ciudadanos romanos<sup>40</sup>. Así que el amor por el medio ambiente agreste, proclamado en siglos y siglos de poesía, el elogio de la vida parca y en contacto con la naturaleza, la figura del pastorcillo, el gorjeo de los arroyos, las puestas rojizas al atardecer, no serían más que la auto-conversión de un paleta áspero y antisocial, celoso de quien ostenta el vestir a la moda y habla con gran elocuencia. De ello se deduce que, según Adorno, cuando hoy un productor de tomates ve como los productos de su tierra son vendidos a veinte veces el precio que se le ha pagado, no sienta cólera y desaliento a causa del execrable sector que lucra, e impone a través de la publicidad la necesidad de tener la fruta mono-dosis ya

---

39 Ibid.

40 "En las elecciones generales 2018 el voto para la coalición de centro-izquierda (formada por PD, +Europa, Juntos y Civica Popolare), que en total obtuvo trescientos veinticuatro mil votos iguales al 28%, es claramente decreciente alejándose del centro de la ciudad, ya que prevalece sólo en las zonas más céntricas (40%) y, a diferencia de 2016, pero muy poco, en la periferia histórica (casi 31%, por otra parte hegemónica desde el centro-izquierda hasta 2013). Dinámicas similares valen para Leu, con sesenta y ocho mil votos iguales al 4,6%, que suben sobre el 5% en el centro y en la periferia histórica y descienden debajo del 3% fuera del GRA". <https://www.eticaeconomia.it/il-voto-nei-quartieri-di-roma-nel-2018/> - consultado el 03/10/2020

pelada y envuelta en celofán, sino porque es envidioso de los modos elocuentes de los mayoristas.

Cuando Heidegger, tal como informa Adorno, en 1956 escribe: “El hombre intenta en vano poner en orden el globo terráqueo con sus planes, cuando él no está ordenado a los consuelos del camino rural”, el sociólogo objeta que esto no es cierto ya que “América del Norte no tiene caminos de campo, ni siquiera pueblos”<sup>41</sup>. Este recurso a los Estados Unidos como pieza de apoyo contra los caminos, incluso *no interrumpidos*, de Alemania, se une a la reprobación hacia los campesinos y a la justificación de los mayoristas, en delinear la total ausencia de socialismo (entendido como el cuidado de los interlocutores sociales más débiles) en Adorno.

Varias veces en los *Cuadernos Negros*, Heidegger vuelve sobre el papel vivificante del campo y de la provincia, por ejemplo en 1938-1939<sup>42</sup> y en general en los muchos pasos que remiten a la crítica de la técnica y a la relación con la tradición. Tal vez pueda considerarse romántica, en sentido alemán, esta posición de Heidegger. Según muchos críticos de la cultura alemana, la manera en la que esta ha rechazado la Ilustración y la modernidad científica, o más bien, ha intentado unir la reacción política y el progreso tecnológico, sería de por sí una culpa<sup>43</sup>. Digno de mención es el llamado “romanticismo de acero”, expresión de Goebbels, y el análisis que hace de este Jeffrey Herf<sup>44</sup>, que afirma que “una vez que se haya establecido que el romanticismo alemán era una tradición muy ambigua, se violarían los hechos declarando su inocencia política”<sup>45</sup>. Se juzga, pues, todo un mundo cultural que comprende el romanticismo literario y artístico y todo el idealismo filosófico hablando de inocencia, ambigüedad, culpabilidad, sobre la base de un moralismo y de un justicialismo que tal vez obtengan su legitimidad exclusivamente de Núremberg y del veredicto bélico.

Nos es posible filosofar sólo pudiendo comparar dialécticamente dos posiciones contrapuestas; si la reflexión filosófica se reduce a la enunciación de las tesis del adversario asociándolas a juicios de valor, entonces no se está en el ámbito filosófico. Pero eso es exactamente lo que Adorno parece hacer en este escrito. Repito que, en mi opinión, se trata de la imposibilidad de comprender, incluso por falta de experiencia, el punto de vista de Heidegger. Esta carencia le hace sostener que la diferencia que Heidegger pone entre

---

41 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 450.

42 HEIDEGGER, M. *Überlegungen VII-XI (Schwarze Hefte 1938-1939)*. GA 95. Frankfurt am Main: Klostermann, 2014, pp. 118-120.

43 Por ejemplo, George Mosse, Karl Mannheim o Fritz Stern

44 V. HERF, J. *Op. cit.*

45 *Ibid.*, p. 39.

aislamiento y soledad no tiene sentido<sup>46</sup>: Heidegger parece contradecirse cuando dice que para los campesinos

no es sin embargo ningún estar solo pero si soledad. En las grandes ciudades el hombre puede ciertamente estar con facilidad tan solo como casi en ninguna otra parte. Pero allí nunca puede estar en soledad, pues la soledad tiene el poder primordial que no nos aísla. En las grandes ciudades el hombre puede fácilmente encontrarse aislado como no podría estar en otro lugar. Pero él nunca puede estar solo allí. De hecho, la soledad tiene el poder original de no aislarnos.

¿De dónde saca esta convicción Adorno? Del hecho de que en el *Electra* de Hoffmanstahl la heroína es descrita como “aislada, completamente aislada” y por lo tanto el sociólogo entiende que situaciones como las de la heroína, se solapan con el estado de quien está en soledad, y causan por lo menos en la misma medida, angustia obsesiva y empobrecimiento<sup>47</sup>. Así pues, Heidegger se contradiría ya que, según Adorno, “en las grandes ciudades o en las fiestas se está solo, pero no se puede estar aislado”. El procedimiento argumentativo de Adorno se basa en invocar el significado común de las palabras contra aquel filósofo que hace de la discusión de las mismas su base. Si por “soledad” Adorno quiere decir falta de relaciones estrechas, íntimas y enriquecedoras, deduciendo que se puede estar en tal condición en la aglomeración, y si por aislamiento entiende, como se hace comúnmente, el estado de distancia física de los demás, para Heidegger la cosa es totalmente distinta: soledad es el estado de reafirmación y meditación que lleva a contacto con el ser, al amparo de las contingencias del *Dasein* “reificado”. Este concepto no tiene nada que ver, o sólo tiene incidentalmente que ver, con la plenitud de las relaciones entre hombres. Decir que Hoffmanstahl utiliza el término “aislada” de manera distinta a la de Heidegger no refuta en absoluto el proceder del mismo Heidegger. Si el significado oculto del lenguaje aún no se ha encontrado, ¿por qué Hoffmanstahl ya lo tiene y por lo tanto debería rechazarse a Heidegger?

Adorno continúa diciendo que Heidegger se sustrae (¿menospreciándolo?) a la fuerza "del aspecto objetivo de las palabras", que lo clavaría a su vacuidad, cuando precisamente esta objetividad es el blanco principal y explícito del filósofo. Aquí podemos optar por una de las dos posibilidades: o Adorno no ha comprendido a Heidegger o está conscientemente misticando su pensamiento. Obviamente me inclino por la segunda hipótesis. Me inclino

46 “El enraizamiento en el suelo puede convencerse [...] en un plano lingüístico de su falsedad tan pronto como por una vez viene al concreto [...] Los sonidos lingüísticos originales de Heidegger, como la mayoría de ellos, son imitaciones”. ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 451.

47 Ibid.

por esta porque en los pasos inmediatamente siguientes, Adorno vuelve a una hostilidad cultural, de humus, “de vientre”, debida a lo que el pensamiento de Heidegger parece defender, es decir, el mundo “cerrado” de la tradición alemana:

La vida presuntamente sana,[...] es equiparada a través de su pulida figura lingüística, lejos de toda reflexión social, a relaciones agrarias o al menos a la sencilla economía comercial en cuanto algo indiviso, protectoramente cerrado, que transcurre con ritmo estable y continuidad ininterrumpida [...] de ahí que las categorías de la jerga guste de presentarlas como si no hubieran sido abstraídas de situaciones sociales surgidas y pasajeras, sino que se adquirieran a la esencia humana misma como su inalienable posibilidad [...] para realizar su arquetipo<sup>48</sup>.

Se trata pues de hostilidad hacia quien no se pliega a formas de mercantilismo más amplias, globales quizás, hacia quien amaría una realidad indivisa y cerrada (la referencia al *Estado comercial cerrado* de Fichte es aquí palpable) que no está listo para capitular sin luchar para sí mismo y que quiere intentar realizar un arquetipo cualquiera. Aquí parecemos estar en medio de *La sociedad abierta y sus enemigos* de Popper, obra publicada unos pocos años antes, o mejor dicho, en las páginas de los proyectos de la *Open Society* sorosiana, que es su reedición actualizada. Repito: el mundo rural, su pensamiento y sus movimientos, son mal digeridos por todo nuevo creador de sociedades, especialmente de inspiración marxista, desatando así su ira.

Si nos preguntamos una vez más de dónde deriva ese resentimiento hacia la posibilidad de realización del arquetipo de un hombre que encuentra su “continuidad ininterrumpida”, Adorno viene en nuestra ayuda: “en una zona [el arquetipo cerrado y continuo] en la que ya no cabe preguntar de dónde surgieron esas situaciones; que se infligio con el paso a la vida sedentaria a los cada vez subyugados, y también a los que ya no se les permitía vagar”<sup>49</sup>. Se comprende claramente que se refiere al nacimiento del Estado moderno como forma de dominio (dominio hacia el cual Adorno nutre una fobia absoluta) y a la aparición de la hostilidad hacia los judíos, los que no tienen suelo ni se adaptan a “formas elementales de economía mercantil”. Y el hecho de que en esta sociedad cerrada no se aprecie y no se anhelan las últimas salidas del inevitable progreso invita a preguntarse: ¿Cómo puede demostrar que en ella no se conocen las dinámicas históricas que determinaron las formas económicas y sociales? La cuestión es que, dado que Adorno está convencido que se trata de “formas de convivencia social históricamente

---

48 Ibid., p. 452.

49 Ibid.

irrecuperables, si es que alguna vez existieron"<sup>50</sup>; "esto rebaja a mentira la referencia a la inalienable y ha mucho alienada esencia del hombre". Si a nosotros nos consta que tales formas ya no pueden existir, quien de tales formas se siente parte y en ellas quiere seguir existiendo, tiene que mentir; ellos, los cultores de la tradición, viven en el error, en la herejía, en la nada, ya que estamos en posesión de lo que debe ser y que es (según las predicciones marxianas muchas veces desmentidas).

Ante la imposibilidad de resolver estas contradicciones, o mejor dicho, esta ausencia de argumentación, Adorno se apela a la otra "ciencia indudable" después del marxismo, es decir, al psicoanálisis:

Al charlatán que habla de todo el hombre integro enraizado en el ser, el psicoanálisis sigue dándole respuesta contemporánea de vez en cuando. Ninguna elevación del concepto del hombre ha podido nada contra su degradación de hecho a haz de funciones, sino meramente el cambio de las condiciones que llevaron a ellas y que de modo ampliado se reproducen incesantemente<sup>51</sup>.

La infalibilidad del psicoanálisis está aun por demostrar, como testimonio la psicología humanista que precisamente en Heidegger se inspira. Solamente si creemos que el hombre sea un haz de impulsos embrutecidos, no tiene sentido buscar un arquetipo natural y positivo de vida auténtica, salvo que se recurra a la panacea de la transformación de la producción económica, y permanecer así en el ámbito del materialismo histórico.

No hay por lo tanto ninguna escapatoria, o Marx o Freud. Sin embargo Marx y Freud fueron vinculados a un determinado momento de la historia del pensamiento, es decir, en las ideas que, poco más de un decenio después de la redacción del ensayo de Adorno, llevaron al primer plano el '68 de las costumbres y el feminismo de la tercera ola. Y de hecho, después de unas pocas líneas, encontramos el ataque de Adorno a Jaspers, reo de defender "la exclusividad del amor entre los sexos"<sup>52</sup>. La familia natural, fruto de aquel mundo que en tanto que viejo ha de superarse, está en el mismo plano que los demás arquetipos que se han pasado a eliminar con el progreso de la humanidad. Es, de hecho, el término *Bindung* (vínculo) el siguiente objetivo del ataque de Adorno<sup>53</sup>.

Entonces, hemos visto que, después de Auschwitz, la cual culpa es imputada por Adorno a todo el pueblo alemán y a su cultura más arraigada, lo que es verdaderamente

---

50 Ibid., p. 455.

51 Ibid., p. 458.

52 Ibid., p. 459.

53 Ibid.



deplorable es el comportamiento de quien se siente bien, de quien se encuentra sereno consigo mismo, de quien ve un sentido al conjunto, aunque no se pueda alcanzar racionalmente. Quien no se rebela contra todo y todos, destruyendo tabúes como vallas en una manifestación de protesta, quien se siente auténtico, quien intuye su lugar en el mundo, quien quiere ser quien él es, quien quiere llegar a ser él mismo, quien se quiere a sí mismo, es el peor enemigo: “una pretensión de personas que se consideran bendecidas por ser precisamente lo que son”.<sup>54</sup>

Ahora la pregunta es esta: ¿la denuncia de este arquetipo es realizada por Adorno con el fin de criticar cualquier arquetipo o simplemente para la afirmación de otro “arquetipo” - en su caso se trata más que nada de un modelo - que en cambio se sigue manteniendo *para los suyos*? El hombre que hoy observamos como el vencedor, el abierto, sin tradiciones, sin ataduras, sin patrias ni hermosas ni feas, el hombre que se ha alejado de la tierra, el que ha liberado la sexualidad y minado todos los órdenes, el que se ha plegado al estilo de vida mercantilizado y urbanizado, ¿no es él mismo un “anti-arquetipo” que se quiere eternizar en la historia? ¿A quién beneficia su afirmación? ¿Quién ha vivido siempre según este mismo anti-archetipo?

Nos habíamos quedado en la liberación de la sexualidad, ya que la sexualidad natural y exclusiva entre hombre y mujer sería una superestructura del poder burgués. Llegamos a ella a través de Freud y el psicoanálisis. ¿Cuál sería el siguiente paso? Veámoslo:

El gesto lingüístico entonces es del cara a cara, tal como los dictadores lo practican. A quien mira a uno profundamente a los ojos le gustaría hipnotizarlo, ganar poder sobre él, siempre ya con la amenaza: ¿tú también me eres fiel? ¿No eres un traidor? ¿No eres un Judas? La interpretación psicológica de la jerga podría descubrir en ese gesto lingüístico una inconsciente transposición homosexual y con ello explicar también el furioso rechazo del psicoanálisis por parte de los patriarcas de la jerga. La maniaca mirada cara a cara está emparentada con la manía racista; quiere una comunidad conjurada, el ‘somos de la misma estirpe’; refuerza la endogamia<sup>55</sup>.

Analicemos el paso: el ponerse cara a cara, que debería ser el modo de la comunicación auténtica, se convierte automáticamente en el de los dictadores. Mirar a los ojos al interlocutor, en lugar de comunicar franqueza y sinceridad, se convierte en un intento de hipnosis. De las pseudo-inferencias psicológicas se pasa a consideraciones históricas

---

54 Ibid., p. 463.

55 Ibid., p. 465.

un poco menos evidentes: la petición de fidelidad, la traición del Judas, puede leerse como referencia a la teoría hitleriana de la traición de los judíos hacia Alemania, al final e inmediatamente después de la primera guerra mundial. Lo encontramos en varios pasos del *Mein Kampf*, también en relación con la situación weimariana. Pero según Adorno si yo miro cara a cara a un hombre no puedo sino ser un homosexual, además reprimido, dado que rechazo el psicoanálisis que, con las palabras sabias del analista haría explícita mi homosexualidad. Los alemanes, los nacionalsocialistas, y por lo tanto Heidegger, hablan así, se mueven así, porque tienen tendencias homosexuales y por lo tanto son maníacos (atrevido acercamiento sobre el cual tendría algo que decir Pasolini) así como los maníacos y los enfermos son los que sufren prejuicios racistas, como amantes de la endogamia. Parece casi que, siguiendo Adorno la disolución de las identidades culturales y étnicas sea, la cura para el racismo y para todo tipo de proyecto arquetípico cerrado.

Luego está la cuestión de la muerte y podríamos decir que no podía ser de otra manera, dada la tentativa *reductio ad hitlerum* de Adorno contra Heidegger. Y precisamente de Hitler se parte también en este caso: del concepto de *encargo*, típico del lenguaje burocrático despersonalizado del nacionalsocialismo. Justamente Adorno subraya su fuerza sutilmente coercitiva ("era ese el encargo"<sup>56</sup>) recordando el proceso de Núremberg, el juicio de Eichmann y la lectura que le dio Hannah Arendt, pero luego se pasa a la coyuntura entre el encargo y la muerte:

Incluso la muerte es tratada por un manual, en las ordenanzas de las SS, y en las filosofías existenciales; la rutina burocrática cabalgando como Pegaso, *in extremis* como un caballo del apocalipsis. En la jerga el sol que esta tiene en el corazon saca la luz el lobrego secreto del metodo como el de un procedimiento que se impone en lugar de aquello de lo que trata<sup>57</sup>.

Este encargo sirve como refugio lingüístico de disposiciones totalitarias, sin que se ponga la *questio iuris* a quienes se atribuyen el carisma de Furher<sup>58</sup>. Y he aquí insertado el tema de la muerte:

Así hace tambien Heidegger restallar la fusta cuando en la proposición "la muerte *es*" el verbo lo pone en cursiva. La traducción gramatical del imperativo en la predicación lo hace categórico; no tolera ninguna negativa,

56 Ibid., p. 468.

57 Ibid., pp. 470-471.

58 Ibid., p. 471. Sin embargo, Adorno no señala que la toma del poder por parte de Adolf Hitler se produjo a través de elecciones, aunque en la violencia que caracteriza a la Alemania de dos años rojo y en los años inmediatamente posteriores, y no como una autoasistencia del carisma en cuestión. En ese sentido, el cargo sería la culpa de la democracia representativa.

pues ya no es en absoluto, como antaño el kantiano, obligado, sino que describe la obediencia como un hecho consumado, extirpa una posible resistencia incluso según la mera forma lógica<sup>59</sup>.

Aquí no se entiende el sentido de lo que entiende Adorno: Heidegger no escribe que hay que morir, que sea justo y hermoso morir. Sólo dice que se muere, que la muerte está ahí. ¿Cómo puede Adorno postular que Heidegger entienda el verbo como un imperativo pero traduzca con un indicativo? ¿Por qué está en cursiva? El rechazo no está admitido, porque rechazar la muerte es imposible y filosóficamente, según Heidegger, es el obstáculo a la plenitud de la vida auténtica. Sólo asumiendo el horizonte de la muerte, la vida y su búsqueda adquieren un significado. Lo que Adorno llama obediencia según Heidegger es sólo aceptación serena, y su oposición espasmódica al mundo y a la naturaleza, cuya mortalidad es una constante nada negativa en la óptica de Heidegger, es la actitud prometeica de quien cree alcanzar la felicidad a pesar del mundo. La muerte no es el tipo de cosas de las que se puede decir: “No, gracias, no la quiero” o “quizás el próximo año”. Se sustrae totalmente a una “posible oposición”. Tomar nota de esto, como hace Heidegger, no significa en modo alguno pensar que el súbdito de un poder constituido, totalitario o no, deba obedecerle por un encargo genérico y hasta la muerte, más aún, precisamente en virtud de la muerte.

Sobre la convicción adorniana de la contigüidad del lenguaje heideggeriano y la política nacionalsocialista, hay que decir que precisamente este lenguaje, poco alemán y poco comprensible por los jerarcas debido a un contenido poco claro, ha sido objeto de una crítica muy clara por parte de los cuadros nacionalsocialistas, hasta el punto de hacer que Heidegger sea objeto de observación debido a su peligrosidad.

Adorno vuelve varias veces sobre el supuesto engaño realizado por el nacionalsocialismo hacia los pobres, cuyo estado es expresamente valorizado, sacralizándolo, para perpetuarlo en beneficio del capital:

Esta [la filosofía de la jerga] se aferra al ciego destino social que, según la terminología de Heidegger, ha arrojado al individuo en un determinado lugar y no en otro. Esto era conforme al fascismo [...] la verdadera ley del tiempo de la pobreza se puede intercambiar fácilmente con lo originario<sup>60</sup>.

Pero esta insistencia en el engaño que se escondería en el lenguaje de Heidegger, posición que hoy podría ser definida como conspirativa, no es sólo adorniana. Escribe

---

59 Ibid., pp. 471-472.

60 Ibid., p. 479.

Dahrendorf que “el velo de la ideología no debe engañarnos” y que “ se es llevado a creer que la ideología era sólo un intento deliberado de desviar a la gente” y en la misma línea se sitúa David Schoenbaum<sup>61</sup>.

Adorno y Heidegger contrastan también en lo que concierne el *Dasein* como inautenticidad: “Pero Heidegger achaca el diagnostico critico a una situación ontológica negativa, el ‘ser cotidiano del ahí’, que en verdad es de esencia histórica”<sup>62</sup>. Sería la situación histórica, en este caso la organización económica, la que sofocaría la calidad espiritual del “espíritu objetivo”. Para Adorno, la organización económica occidental, por lo tanto, la burguesa-capitalista en auge ha de abolirse en cuanto esencia del estar-ahí.

La misma consideración la hace Adorno con respecto a la *habladuría*, una de las manifestaciones heideggerianas de la inautenticidad. El problema de Heidegger sería que, a pesar de denunciar la publicidad y las dinámicas de la despersonalización, ataca “el espíritu emancipado como aquello que de el resulta bajo compromisos sumamente reales. Él condena las habladurías pero no la brutalidad”<sup>63</sup>. En otras palabras, Heidegger intercambiaría lo que es histórico-económico por una constante psicológica o antropológica y, por lo tanto, no se comprometería en denunciar a los responsables de esta situación. Para Adorno, en lugar de ser denunciada, la publicidad debería prohibirse en un sistema económico racionalizado y planificado<sup>64</sup>, lo que resolvería realmente el problema de la falta del ser inauténtico.

Pero también aquí Adorno incurre en varios malentendidos: la habladuría es sólo en parte la publicidad de tipo comercial, esta está genéricamente vinculada a la masificación y se refiere a todo tipo de juicio, estando presente en toda clase de elección del individuo masificado; por otra parte, Heidegger repite una y otra vez que simplemente con la acción política no es posible romper el sistema y sus dispositivos, y, puesto que el propio lenguaje se ha adaptado al sistema, el pensamiento no puede sino prescindir de dicho lenguaje y de sus movimientos para formular una alternativa política. Es preciso suspender el juicio y la acción, en silencio, recordando a través de la poesía lo que está arraigado y dejarlo emerger en el silencio del *claro*.

Hay mucho de la “emboscadura” de Jünger en la posición de Heidegger y esto es, más o menos, en un plano más intelectual y menos guerrero, el silencio al que alude. Pero Adorno lo interpreta como un gesto violento: si Heidegger escribe: “El silencio hace

61 Citado por HERF, J. *Op. cit.*, pp. 32-33

62 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 480.

63 *Ibid.*, p. 481.

64 *Ibid.*

manifiesta y silencia la habladría”, él responde que: “En la expresión “echar abajo” habla como rara vez en otras partes su lenguaje, el de la violencia. Pero el hecho de que aquello a lo que quiere llegar esté de acuerdo con la situación que deplora se confirma en el *Reich* hitleriano”<sup>65</sup>. Que el nacionalsocialismo haya ejercido una opresión totalitaria sobre el disenso y haya creado una sociedad unívoca está fuera de toda duda, y esto se pone de manifiesto ampliamente y precisamente en cientos de pasos de los *Cuadernos Negros*. Pero que haya congelado, justificándolos, el estado rural, la “pobreza” y la “indigencia” de la que habla Adorno, esto no puede afirmarse. Que la situación de Weimar, que se caracterizaba realmente por la pobreza, el desempleo, el hambre y la muerte, haya sido superada por el nacionalsocialismo, es también una verdad histórica. Tanto la reducción a cero del desempleo como el fuerte desarrollo industrial sitúan a la Alemania de los años 30 entre las sociedades modernas, incluso en lo que se refiere al aumento del producto interior bruto y la renta *per capita*. Sería sin embargo digno de mención, como también sostiene Heidegger, que un cierto lenguaje haya sido hecho propio por el hitlerismo, habiéndolo privado de su fin reflexivo<sup>66</sup>. Desde este punto de vista, un análisis de la economía nacionalsocialista es muy complejo y debe tener en cuenta la coexistencia política tanto de un espíritu modernizador, esencialmente prusiano, y de un impulso tradicionalista. Las figuras de Schacht y Darré podrían encarnar esta doble cara.

Desde el punto de vista macro-económico y monetario, el nacionalsocialismo se aleja de las opciones del mundo moderno y tecnificado, de las democracias liberales occidentales. De socialismo se trató, pero de un socialismo antimarxista, a pesar de que los puntos de contacto dentro del pensamiento de la Revolución Conservadora, sobre todo en lo que se refiere a la corriente liderada por Niekitsch, sean evidentes. Todo esto es ampliamente tratado por Heidegger, críticas incluidas, en la totalidad de los *Cuadernos Negros*<sup>67</sup>.

Si para Adorno Heidegger es el responsable efectivo de la “frase hecha”, de la justificación del *status quo*, ¿quiénes podrían ser entonces aquellos capaces de plantarle

---

65 Ibid., p. 481.

66 Por ejemplo, cuando escribe: “Hay que defenderse de dos malentendidos: 1. Que se trate de construir una fundación filosófica para sostener alguna maniobra en un sentido más estrictamente político; 2. Que haya todavía de ninguna manera la ocasión de hacer alguna filosofía”. HEIDEGGER, M. *Überlegungen II-VI*. Cit., p. 84.

67 Una crítica heideggeriana típica es esta: “El nacionalsocialismo no es el bolchevismo [...] pero ambos son una victoria de la maquinación –formas colosales de logro de la modernidad - un consumo calculado de las costumbres nacionales”. HEIDEGGER, M. *Überlegungen XII-XV (Schwarze Hefte 1939-1941)*. GA 96. Frankfurt am Main: Klostermann, 2014, p. 68.

cara, de desenmascarar su juego? Los intelectuales de las grandes ciudades. En efecto, leemos:

Incluso esa objetividad de cuño lingüístico, que exige la máxima vigilancia contra la frase hecha, tiene como condición la movilidad, por quebrada que sea, de la expresión: la urbanidad. Sin frases hechas y conforme a la cosa no es capaz de escribir nadie que no sea él mismo también un literato; su defensa sería oportuna tras el asesinato de los judíos<sup>68</sup>.

La contraposición es entre quien, como Adorno, querría a los filósofos literatos además de *los poetas graduados*, los del “oficio”, la clase intelectual más o menos orgánica, y quién como Heidegger denuncia el estancamiento cultural, la inutilidad de una escuela museística y de fuerte carácter academicista, la incapacidad de los pensadores profesionales de tomar la iniciativa delante de la falta de *autenticidad del Ser*. Los periodistas, que antes habíamos visto ser defendidos por parte de Adorno contra la envidia de los campesinos, los abogados, los profesores, son hoy como en aquel entonces, parte de un sistema. Si se rechaza este sistema, no se puede pretender que estos sectores se sustraigan a su influencia. De hecho, son la fuerza motriz de dicha influencia, desde el punto de vista operativo. Heidegger querría aire puro, a Adorno, el revolucionario, sin embargo, el aire estancado le está bien. ¿Por qué? ¿Por qué forma parte de los que Heidegger combate, los literatos urbanos? ¿Quiénes son estos literatos urbanos? Quizás la conclusión del período nos lo haga comprender: aquellos a los que hay que defender después de haberlos exterminado culpablemente<sup>69</sup>.

Y con los filósofos urbanos y emancipados están también los compositores, los pintores, los actores, los escenógrafos, los médicos, los psicoanalistas, todos en la mira de ese arte y de esa cultura que el nacionalsocialismo “quiere llevar a lo cotidiano”, guiñando, al mismo tiempo, el ojo, a la artesanía, a lo hecho a mano, al arte que no sea sólo arte<sup>70</sup>. Hacia este mundo “desinhibido”, según Adorno, Heidegger nutre “odio” y está “tan maldispuesto” porque “pone en el mismo plano la conciencia emancipada y la curiosidad”. Del mismo modo, el filósofo odia la “movilidad”<sup>71</sup>. ¿Cómo deben entenderse estos términos: *movilidad* y *curiosidad*? El primero está ciertamente ligado al estilo de vida cosmopolita del rico habitante de occidente, que se desplaza sin encontrar ninguna

68 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 483.

69 Tanto Hitler, que en *Mein Kampf* define a los intelectuales *weimariani volksfremd*, extraños al pueblo, como Heidegger, que afirma que un minero lleva una vida no menos espiritual que un profesor (HERF J., *Op. cit.*, p. 169), están aquí, en la óptica de Adorno, enemigos declarados.

70 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 485.

71 *Ibid.*, p. 487.

diferencia entre Nueva York, París, Londres, Berlín y Amsterdam, porque en todas partes tiene alojamientos, apoyos y amistades de alto rango. El segundo, la curiosidad, es sinónimo de actividad cultural y artística autorreferencial, estática, orientada sólo a la creación de un mercado dado por la moda y las necesidades inducidas. En el pasaje heideggeriano reportado por Adorno la curiosidad es “acumulación de accidentes”, “colección de momias” y “catálogo de conocimientos”<sup>72</sup>. Curioso es lo que es interesante, no hermoso ni revelador. Si para Heidegger hacer cultura, arte o filosofía es volver a pensar peligrosamente<sup>73</sup>, no es ciertamente la curiosidad académica que puede encarnar este anhelo. La curiosidad se limita a darle vueltas a lo “ya dado”<sup>74</sup> y este “ya dado”, como antes mencionaba, no es un no-arquetipo sino un alter-arquetipo, que desciende de lo alto sobre el mundo alemán, junto con las sanciones de Versalles y las acusaciones de ser el único responsable de la gran guerra.

Adorno, pues, decide volver al psicoanálisis: “Heidegger es tan poco propicio a la consciencia desinhibida [...] el odio a ésta se asocia a aquel contra la movilidad”, y otra vez: “El psicoanálisis genético [sic] conoce la amenaza de castración que pesa sobre la investigación infantil en torno al sexo. El brutal ‘eso no es asunto tuyo’ es consonante con la actitud presuntamente supra-psicológica del ontólogo”<sup>75</sup>. Según Adorno, Heidegger busca en realidad silenciar a los curiosos, pero sin resolver la cuestión de tal curiosidad, minimizándola:

El carácter de los curiosos es tal porque durante la infancia sus preguntas sobre el sexo no tuvieron respuesta: el placer que experimentan es un pálido sustituto. Aquel a quien se le ocultó lo que le concierne se inmiscuye malignamente precisamente en lo que no le concierne, se embriaga

---

72 Ibid.

73 “¿Dónde están los alemanes? [...] quizás sólo a través del americanismo que ejercen aún más escrupulosamente y el romanismo que ellos han llevado a cabo aún más incansablemente [...] no quieren este pensamiento y poeta, es decir, no están dispuestos a buscar en tal peligro sus fundamentos”. HEIDEGGER, M. *Überlegungen VII-XI*. Cit. pp. 101-103. Sobre el tema del peligro como aspecto central y positivo de la meditación auténtica se ve, entre otros, también el siguiente: “Parece que en Hölderlin, que habla de patria, se quiere poner la etiqueta de nacionalista, sin que nadie trate de reflexionar sobre lo que se quiere llamar con la palabra padre, y sin que se quiera hacer de él un peligro que impulse incluso en la necesidad para los alemanes y para el occidente de reflexionar realmente, más allá de las momentáneas constelaciones políticas, en un fundamento que indique hacia el principio”. HEIDEGGER, M. *Anmerkungen I-V (Schwarze Hefte 1942–1948)*. GA 97. Frankfurt an Main: Klostermann, 2015, p. 88. El sentido del término “peligro” a menudo se entiende, en Heidegger, mirando a su etimología, o sea a *periculum*, es decir experimento, riesgo.

74 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 486.

75 Ibid., p. 486.

celosamente de informaciones sobre hechos en los que no es bueno que también él participe”<sup>76</sup>.

Según Adorno, Heidegger ataca a quien es curioso, desinhibido y emancipado, que ama el “continuo vagar”, aquel para el cual “la suerte de la movilidad deviene una maldición ya que es sin patria”. Sigue siendo evidente la referencia al judaísmo, tanto que Adorno decide cerrar el paso con: “El intelectual sin raíces porta en la filosofía del 1927 la mancha amarilla del subversivo”<sup>77</sup>, es decir, la estrella amarilla del *Lager*. Heidegger sería entonces, en suma, corresponsable del holocausto ya con *Ser y tiempo*.

La crítica de Adorno es comprensible: esta autenticidad, que hay que encontrar no fuera del *Dasein* sino en él —de lo contrario todavía sería metafísica—, ¿qué es? ¿Cómo se define y cómo se reconoce? Heidegger no puede explicarlo en detalle. Muestra los síntomas, pero también indica las causas y los responsables<sup>78</sup>, sin limitarse a los primeros, como afirma Adorno: “El estado de las cosas sociales no se hace mejor tras la denuncia heideggeriana del ‘se’, de la que se acusan sólo los síntomas”<sup>79</sup>. Se trata de una indicación sociopolítica, que se desarrolla en los *Cuadernos Negros*, en los que Heidegger trata del nacionalsocialismo, el cosmopolitismo, el capitalismo, el comunismo, el socialismo y el fascismo: el concepto del *se* no debe simplemente eliminarse como *no autenticidad*; Debe mantenerse en el sentido de que el aspecto social, interpersonal, basado en el cuidado, sigue siendo central y esto vale obviamente a partir de *Ser y Tiempo*. Heidegger no predica el solipsismo sino la realización de otro *se*, auténtico y arriesgado. Esta autenticidad, sin duda, tiene también un componente filosófico (o antropológico), además de “sociológico”, y esto es detectado por Adorno, cuando discrepa hablando de tautología y de “ipseidad del yo”<sup>80</sup>. Es como si el sentido de la autenticidad fuera situado por Heidegger en un “ser

---

76 Ibid., p. 487.

77 Ibid., p. 488.

78 Cfr. Simonetti M. *I Quaderni Neri di Heidegger. Una lettura politica*. Cit., pp. 161-164.

79 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 487.

80 V. Ibid., p. 490. También este pasaje de la p. 492 “Que el ser sea ontológico o ontológico en sentido estricto no puede ser objeto de juicio alguno; En efecto, con lo que se entiende por la palabra “estar” es un sustrato y, por tanto, el sentido del concepto de Existir es algo que no es concepto”. Y en esta otra p. 493: “La anfibolia puede basarse en el hecho de que efectivamente en el concepto de sujeto pasan uno en el otro dos determinaciones: una propia como sujeto existente [...] y la del sujeto como conciencia en general, como constituyente de todo existente”. Y aún, en p. 494: “En forma no declarada y sin recurrir a la teología, la jerga reivindica de golpe que lo esencial es real y viceversa que el ente es esencial, lleno de sentido, justificado”. Nos situamos aquí en una zona de la filosofía de estancamiento, similar no tanto a la demostración anselmiana de la existencia de Dios, sino a la que se tiene ante el todo real y racional hegeliano, el cual parece no dejar espacio a ningún proceso, incluido el dialéctico.



bueno consigo mismo”, en un saber lo que uno es, sin perseguir alteridad. Heidegger lo llama “tener suelo”, *Boden*, pero Adorno no se detiene mucho en el hecho de que no se entiende lo que es, de hecho, parece haberlo entendido bien cuando dice del suelo mismo que es “tomado de una experiencia empírica por encima de la cual desea elevarse, pero en vez de eso [el lenguaje de Heidegger] hace de la mala experiencia empírica una trascendencia”. Si la experiencia empírica es mala, debe ser reconocida como tal: el *Boden*, el suelo, el fundamento, el mal. El bien, pues, es la ausencia de suelo, el desarraigo o, mejor dicho, el no tener raíces, por lo tanto, el nomadismo cosmopolita, tanto práctico como cultural.

Adorno pasa a la crítica del concepto de autenticidad revelando la vacuidad del contenido:

Autenticidad no es el nombre de una calidad real específica, pero sigue siendo formal y se refiere a un contenido que en ella se omite o se rechaza, incluso en aquellos casos en que se utiliza solo como adjetivo. [...] En nombre de la autenticidad contemporánea, incluso un torturador podría hacer cualquier reclamación ontológica de indemnización en la medida en que no fuera más que un buen torturador<sup>81</sup>.

Adorno no puede pretender que Heidegger dé una connotación moral a este concepto, ya sea porque se resiente de una cierta derivación nietzscheana, ya sea porque está claro que puede predicarse de realidades también contrapuestas: al perfil del ingeniero auténtico, por usar un ejemplo forzado pero claro, no puede pertenecerle lo que es bueno en el artista auténtico. El hecho de que hable aquí de torturadores y reparaciones revela la génesis “étnica” de su pensamiento. Es natural pensar en las indemnizaciones pagadas desde 1952 a las víctimas judías del nacionalsocialismo en las que Nahum Goldman tuvo un rol de protagonista. Y en efecto, más adelante encontramos:

La categoría de la autenticidad, que nació de la pregunta, a la comparación ingenua, sobre lo que es auténtico en una cosa, se convierte en un destino míticamente impuesto. Dentro de ese alejamiento total de la naturaleza propia de una estructura ontológica que desea elevarse más allá de toda entidad, el destino se convierte en una determinación de naturaleza. Los judíos son castigados por el hecho de ser tales, por destino y por naturaleza, indistintamente<sup>82</sup>.

---

81 Ibid., p. 497.

82 Ibid., p. 498.

Esto es sin duda cierto, ya que las leyes de Núremberg afectan más o menos a todos los judíos por el solo hecho de ser judíos, pero este biologismo, esta ingeniería social, es condenada abiertamente por Heidegger, como forma clara de materialismo y racionalismo<sup>83</sup>. Adorno, en cambio, la considera, como la gran mayoría de los teóricos de la *Shoah*, como fruto de la barbarie, entendida como suspensión de la razón. En realidad, la discriminación, aunque no se justifica, se asume ya desde los primeros programas electorales del Partido Nacional Socialista. De alguna manera, lo que parecen prejuicios raciales se ven confirmados por episodios como la conferencia de Evian, en la que los emigrantes judíos, que Alemania lleva muchos años impulsando a irse con programas especiales, entre ellos el de Haavara, son rechazados a menudo por otras naciones, incluso cuando están en dificultades. Tanto el comportamiento del congreso mundial judío como el congreso del sionismo mundial son criticados por muchos pensadores judíos, entre ellos Hannah Arendt que, de regreso de Israel para el proceso Eichmann, será precisamente criticada por esta denuncia.

La cuarta y última sección del escrito de Adorno contra Heidegger insiste en la idea de la muerte, tal como la entiende este último. Se parte, como de costumbre, de una relación con el nacionalsocialismo, ya que “escribió un funcionario nacionalsocialista en 1938 ‘el sacrificio nos hará libres’ [...] Heidegger está de acuerdo<sup>84</sup>”. El sacrificio, que en teoría podría comprender la muerte, es considerado por Adorno como un artificio para utilizar, en favor de los fines del poder capitalista, a la humanidad entera en la guerra y en la dominación. De parte de Heidegger

de manera típicamente anti-intelectual la reflexión sobre la muerte es denigrada en nombre de algo presuntamente más profundo y reemplazada por el ‘soportar’, un gesto también de mudez interior [...]. Sin embargo, una vez la autenticidad no debe ser ni la situación empírica del tener que morir y ni el comportamiento subjetivamente reflexivo con respecto a él, se transforma en un estado de gracia, en una cualidad, por decirlo así, racial de la interioridad<sup>85</sup>.

Heidegger se transforma en una especie de clon de Millán Astray que se exalta al grito de “viva la muerte”. En realidad, el mismo Unamuno gritaría a una nueva comprensión de la muerte exactamente como Heidegger, en el doble sentido de testimonio de algo

---

83 “Un burdo biologismo del pensamiento nacionalista del poder”. HEIDEGGER, M. *Überlegungen VII-XI*. Cit., p. 544. Pero también los pasos sobre el “biologismo” y sobre el materialismo del “nacionalsocialismo vulgar”. HEIDEGGER, M. *Überlegungen II-VI*. Cit., pp. 52-55.

84 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 501.

85 Ibid.

que se supone más profundo y de algo que puede vivificar cada instante en su fugaz ser irrepitable. Es obvio que para Heidegger y Unamuno la supervivencia, Adorno diría “de manera anti-intelectual”, viene después de la existencia auténtica y plena y que la consecución de la segunda bien puede valer el riesgo de la primera. No se trata de violencia, a menos que lo sea cualquier gesto heroico o de sacrificio, abarcando aquí toda una serie de tipos humanos, desde la figura del asceta a la del bombero. Sin embargo, Adorno cree que

la violencia es inherente lo mismo a la forma lingüística que al núcleo de la filosofía de Heidegger, a la constelación en que coloca auto-preservación y muerte. El hecho de que la muerte, con la cual el principio de autoconservación amenaza en cuanto *ultima ratio* a los a él sometidos, sea transformada en la esencia propia de ese principio significa la teodicea de la muerte<sup>86</sup>.

Que el instinto de conservación, como última *ratio*, prevea también la muerte de quien amenaza su supervivencia, me parece una constante de toda forma de vida en nuestro mundo. Todos parecen estar sumisos a este principio, pero a Adorno no le gusta. Ahora se comprende cómo se pueda criticar la instrumentalización de la muerte, explotando el concepto de la bella muerte con fines mezquinos y con el engaño, pero no se entiende cómo esta postura sea atribuible a Heidegger. Esta “teodicea de la muerte” es en realidad una exaltación de la vida, no una fábrica de asesinos o de suicidios en beneficio del poder político. Adorno debería apreciar su carácter anti-burgués pero se pone del lado de los cultores de la *supervivencia a cualquier costa*, definiendo la posición de los “idealistas” dispuestos al sacrificio como “anti-intelectual”. Pero para Adorno “regresa al culto a la muerte; Por eso desde el principio la jerga ha tolerado bien el rearme”<sup>87</sup>. Es cierto que entre los representantes de un cierto pensamiento radical, anti-burgués y socialista, la muerte ejerció un cierto encanto, pero si es por eso lo ejerció también la derrota, por ejemplo en Jaspers y Unamuno. Esta posición no implica, ciertamente, el culto a la muerte al que se refiere Adorno.

Todo ese bagaje emocional que tiene de su parte honor, vigor, valor, abnegación, etc. no es más que la parte masculina, viril del carácter, que quizás Adorno querría ver desaparecer ya en 1960 porque era demasiado directa, asertiva y poco “intelectual”. Hoy algunas corrientes feministas que se remontan también al pensamiento de Adorno la definirían “machista” o “de macho alfa”. Para el francfortés, con Heidegger, “la muerte

---

86 Ibid., p. 502.

87 Ibid., p. 505.

y el ser-ahí están identificados, la muerte se convierte en pura identidad”<sup>88</sup>, y no es una novedad puesto que “A lo largo de la historia, el pensamiento de identidad ha sido portador de muerte [...]. Virtualmente la identidad busca siempre y sólo la totalidad”. Aquí estamos en presencia de un pensamiento ideológico y no filosófico. Hay un salto lógico que confunde la defensa de la identidad propia con la agresión depredadora.

Ciertamente es verdad que por su propia identidad individuos y pueblos han matado y matan, y que la disolución de las diversas identidades de los pueblos y de los individuos, es decir, el proyecto mundialista, llevaría gradualmente al final de la conflictividad entendida como guerra entre pueblos y Estados, pero también al final de las diversidades, de la belleza, de todo posible desarrollo, los cuales nacen en el mundo del *polemos* espiritualmente entendido. Cada cuento distópico ilustra las bienaventuranzas (para los diseñadores) del mundo uniforme, tranquilo y plano, pero son bienaventuranzas efímeras, de psicofármacos, de *soma* huxleyano y de adoctrinamiento, que se encuentran sólo en la salida de lo que hoy llamamos aún “humano”.

Sólo podrán beneficiarse de ello los “cerdos de la granja liberada”, protegidos por un manto de mentiras, hábilmente inculcadas en las mentes de la masa neuro-programada. La violencia sólo sería reprimida exteriormente en sus formas más grandes, en la gran política, permaneciendo, sin embargo, como telón de fondo de una lucha entre individuos en la que el caos programado muestra un orden aparente.

De hecho no hay razones para pensar que la identidad busque la totalidad. Al parecer, los imperios siempre nacen en paralelo con el debilitamiento de la propia identidad inicial. El reconocimiento mutuo de diferentes identidades es la base no sólo del respeto entre pueblos, sino también de una genuina relación con el otro, ya sea en el ámbito familiar en la relación entre los dos sexos, en la relación padre-hijo, o en la relación amical. Precisamente en este sentido va, no por casualidad, el concepto de “cura” heideggeriano, como el “dejar ser”. Esto es lo contrario del concepto de identidad agresiva que podemos observar en la manía de “conversión” que observamos en los movimientos religiosos monoteístas y proselitistas,<sup>89</sup> comprendiendo en ellos también las religiones laicas como la bolchevique o, antes, la jacobina. No se trata en estos casos de verdaderas “identidades” puesto que casi siempre pueden ser adquiridas con actos formales de adhesión y sometimiento, como el juramento o la conversión, precisamente, mientras que la identidad contra la cual

---

88 Ibid.

89 “Los modernos sistemas de la dictadura total derivan del monoteísmo judío-cristiano”. HEIDEGGER, M. *Anmerkungen I-V*. Cit., p. 11.

Adorno se dirige es la referida a los antepasados, la historia común, el lenguaje común, etc., es decir, la historia romántica.

Es obvio que cuando esta dicha identidad se las tiene que ver con la mezcla y la imposibilidad de autogestión, se obtiene como resultado la puesta a disposición de la muerte para la idea. ¿Es eso algo malo? Deberían ser encarnaciones del mal entonces Juana de Arco, Guillermo Tell, Filippo Corridoni, Nazario Sauro y todos los héroes que cada pueblo celebra.

A este propósito, Adorno obviamente concuerda con el brechtiano “bienaventurado el pueblo que no necesita héroes” pero sobre esta falta de necesidad hay que preguntarse: ¿la falta de necesidad existe porque efectivamente dicho pueblo se encuentra en tal situación, o porque en él hay que borrar la exigencia de necesitarlos, incluso estando en un estado de ocupación o esclavitud, en todas sus formas?

Queriendo permanecer en el ámbito biológico, que por cierto no es el heideggeriano, la cuestión se encarna en la actual confusión entre “racismo” y “racialismo”, que aquí no se nos permite profundizar. Bastará decir que la acusación de racismo, que desde algunos círculos se dirige hacia la protección de las identidades, se auto-confuta cuando desde estas mismas filas se reconoce la legitimidad del orgullo étnico y racial de los pueblos del sur del mundo y niega a los pueblos europeos radicados en el continente el orgullo de sus raíces, la protección de la biodiversidad, de la armonía y del equilibrio, que hoy la globalización mina irreparablemente. Esto se refleja en los actuales excesos a los que se abandonan, incluso ideológicamente, muchos partidarios del *Black Lives Matter*.

Cuando Adorno afirma que “Lo que no tolera nada más allá de sí mismo se entiende en Heidegger, así como en el idealismo, como totalidad. El más mínimo vestigio más allá de esta identidad sería tan insoportable como para el fascista es el de otra índole en el último rincón del mundo”<sup>90</sup>, está fantaseando filosóficamente, y es desmentido incluso por las mismas declaraciones de los totalitarismos europeos de principios del siglo XX, mientras que en cambio, lo decía ya antes, es típico de los movimientos de otros proselitismos violentos y de otros imperios, el español en Sudamérica y el anglosajón en el norte de América, por ejemplo.

Pero Adorno correlaciona directamente esta voluntad de dominio al lenguaje heideggeriano cuando escribe: “Precisamente por esta razón la ontología de Heidegger quiere eliminar toda facticidad [...]. La totalidad, pues, es también el agente de las

---

90 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 506.

ponderaciones de Heidegger sobre la muerte<sup>91</sup> en una especie de reedición del proceso de Núremberg contra el filósofo, considerado un simple “lacayo” del poder.<sup>92</sup>

Si, en la imposibilidad de argumentar, Adorno llega a definir los pensamientos del adversario como pertenecientes “a la esfera del sin-sentido”<sup>93</sup>, cuando intenta hacerlo confirma su aversión a cualquier dato de naturaleza y su amor para toda nivelación obrada en contra de esta: “sólo una filosofía solipsista podría reconocerle a ‘mi’ muerte un primado ontológico frente a la de cualquier otro”<sup>94</sup>. Vale la pena reafirmar que lo que Adorno llama “solipsismo”, es un principio clave de la vida. La muerte mía y la de mis prójimos, lo experimentamos cada día, fuera de toda hipocresía, es siempre y en todo caso “más” que la de quien es ajeno. Ni conozco un solo ejemplo, en la historia de la humanidad, de un hombre que haya sacrificado su vida por la “de la humanidad”, ni sé de un caso de este tipo en el mundo animal todo.

Pero mientras Heidegger se esfuerza para hacer de la muerte una visión que rehabilite el *Dasein*, transformándolo, Adorno no hace más que recordar al dato biológico de la supervivencia como el único digno de mención y denunciar como estratagema vil, al servicio del poder que dispone de las vidas de los súbditos, cualquier intento de mostrar la mera supervivencia por lo que esta es, es decir, la base sobre la que construir una vida. A las palabras de Heidegger: “El ser para la muerte abre al *Dasein* el poder ser más propio, en el que van sin más del ser del *Dasein*. El ser para ella abre al *Dasein* que en la señalada posibilidad de sí mismo queda arrancado al ‘se’, es decir, puede ya sustraerse en cada caso a él”<sup>95</sup>, Adorno responde que “La muerte se convierte en la esencia de lo mortal, contra lo más próximo, que sea ahí, y por tanto artificialmente, en algo más allá del ente, salvado del *se* y contrafigura sublimada de este, lo auténtico; la autenticidad de la muerte”<sup>96</sup>. “Banal” es la interpretación de Adorno, puesto que para Heidegger la muerte no es “la esencia”, sino esencial es *el Estar* que mira a la muerte; porque que nosotros estamos aquí no es ciertamente un misterio para Heidegger; porque la autenticidad no es la muerte, sino una vida potenciada de la presencia de la muerte como posibilidad; porque la muerte, mucho más que el nacimiento, es para las civilizaciones humanas siempre “sobrenatural”, en el sentido de inexplicable, sagrado, impensable, extrema, misteriosa, digna de respeto y de conmemoración. Desde un punto de vista de Adorno, todo esto es

---

91 Ibid., p. 506.

92 Ibid., p. 509.

93 Ibid., p. 513.

94 Ibid.

95 HEIDEGGER M. *Sein und Zeit* (1927). GA 2. Frankfurt am Main: Klostermann, 1977, p. 263.

96 ADORNO T. W. *Jargon der Eigentlichkeit*. Cit., p. 514.

sin duda superestructura determinada por los modos de producción económica, pero no es así para Heidegger, de hecho Adorno escribe:

Heidegger se enamora de la muerte en cuanto lo presuntamente sustraído sin más a la relación universal de canje; se engaña sobre el hecho de que permanece encerrada en el mismo ciclo fatal que la relación de canje [...]. El intercambio podría redimirse si finalmente se realizara de manera equitativa<sup>97</sup>.

Se deduce, pues, que para Adorno el aspecto económico, en este caso el mercado, es el fulcro y la cifra ineludible de la vida, y que la autenticidad sólo podría alcanzarse eliminando algo muy similar a la plusvalía. Claro, siempre que quiera aceptarse la muerte, de lo contrario se puede perseguir el sueño trans-humanista de un hombre eterno: “Como algunos organismos inferiores no mueren en el mismo sentido que los organismos evolucionados e identificados, así en vista del potencial de control sobre los procesos orgánicos que se perfila, no se debe a fortiori excluir el pensamiento de una abolición de la muerte”<sup>98</sup>. Ese “control” invocado por Adorno sabe tanto de tecnocracia como aquella “abolición” sabe de totalitarismo sanitario. Precisamente en esta época marcada por el Covid19 el hombre está viviendo la experiencia por la que en un sistema masificado, por miedo a la muerte<sup>99</sup>, se renuncie tan fácilmente a los propios derechos, a los afectos (padres ancianos llevados lejos sin saber si volverán a verse), a lo que hace que la vida merezca ser vivida, y al mismo tiempo se esté en la imposibilidad de mirar serenamente a la muerte como posibilidad y por lo tanto evaluar correctamente números, estadísticas y prioridades, así como reconocer y desenmascarar mentirosos y aprovechadores. Mientras escribo, en Italia, el último decreto del Presidente del Consejo impuesto más allá del control del Parlamento, prohíbe reunirse en las casas privadas incluso entre parientes cercanos. Sólo la sustitución de política por la técnica, preconizada por Heidegger, ha permitido que se enturbien así las conciencias.

“El entusiasmo a favor de la eternidad de la muerte prolonga la amenaza con ella; políticamente hace campaña a favor de la inevitabilidad de las guerras”<sup>100</sup>: Adorno acusa a Heidegger de estar “a favor” de la eternidad de la muerte y es como si se acusase a alguien de estar a favor del poder del amor, o del hecho de que el fuego arda. Luego

---

97 Ibid., p. 514.

98 Ibid., p. 517.

99 Ibid.

100 Ibid., p. 518.

define, también por esto, a la filosofía de Heidegger como parte de las “últimas cloacas de la creencia alemana en el ser”<sup>101</sup>, cerrando así el texto, perentoriamente.

En resumen, el ensayo de Adorno nace, crece y muere, a pesar de que en él se niegue la necesidad de la muerte, como un largo prejuicio articulado, que no pasa por alto ninguna de las ideas clave de Heidegger. Esta contraposición es la misma que la de los aficionados al fútbol en los partidos, es decir, hecha de eslóganes, de ofensas y maldiciones, entremezcladas con malas suposiciones y malentendidos. Se trata precisamente de una “salida al campo” deportiva, partisana, irreflexiva, en la que el atacante, Adorno, estigmatiza cada movimiento del adversario, sin aplaudir nunca a su buena jugada. El motivo de esta oposición verbal es la pertenencia étnica, social y política, a un mundo, el del intelectualismo judío urbano, marxista, tecno-optimista y progresista, que habiéndose visto amenazado en su predominio (ciertamente con razón) por la visión del mundo opuesta –que no es la nacionalsocialista, que quede claro– le niega literalmente la legitimidad de existir.

Se podría decir también que este ensayo de Adorno es el intento de insertar a Heidegger en los tipos ideales de esa “escala del fascismo” que ideó en los años ‘40 y que fue publicada en 1950 como obra colectiva con el título de *The authoritarian personality*. El texto en cuestión fue encargado y subvencionado por el American Jewish Committee, de 1944 a 1949, con el objetivo de elaborar un cuadro psiquiátrico del adherente al fascismo, como si fuera una enfermedad y no una ideología política. La sacralidad, el concepto de la muerte, las consideraciones sobre el lenguaje, la idea de destino, y otros temas en el centro de la crítica adorniana de Heidegger, ya están presentes en este trabajo. Vale la pena mencionar, para comprender la profundidad politológica, el punto 2 de la escala elaborada por Adorno, que enumera las hipotéticas aserciones del fascista y del conservador (*sic*): “aunque mucha gente se ríe, puede ser que algún día la astrología explique muchas cosas”<sup>102</sup>.

A pesar de lo que parece ser una denuncia común de la sociedad de masas infectada por el capitalismo, en cada punto, en cada rincón de su pensamiento, incluso en el más recóndito, Adorno y Heidegger son muy distantes, casi siempre antitéticos. Si tengo que hacer un balance de este enfrentamiento, y debo hacerlo, porque de otro modo no habría vivificado con él mi vida y este texto seguiría siendo puro ejercicio, digo que es Heidegger quien gana, aunque nunca hable. Evidentemente, sentarse en silencio en un banco,

---

101 Ibid.

102 ADORNO, T. W. et al. *La personalità autoritaria*. Roma: Pgreco, 2016, pag. 328.



observando una puesta de sol en la Selva Negra, vale más que tener un asiento en los salones de un apartamento de una metrópoli.

### Referencias bibliográficas

ADORNO, T. W. *Jargon der Eigentlichkeit. Zur deutschen Ideologie. GS VI*. Frankfurt am Main: Surhkamp, 2020, pp. 415-525.

ADORNO, T. W. *et alt. La personalità autoritaria*. Roma: Pgreco, 2016.

BODEI, R. "Introduzione". ADORNO, T. W. *Il gergo dell'autenticità*. Torino: Bollati-Boringhieri, 2016.

DI CESARE, D. *Heidegger e gli ebrei*. Torino: Bollati-Boringhieri, 2005.

HEIDEGGER, M. *Sein und Zeit (1927). GA 2*. Frankfurt am Main: Klostermann, 1977.

HEIDEGGER, M. *Überlegungen II-VI (Schwarze Hefte 1931-1938). GA 94*. Frankfurt am Main: Klostermann, 2014.

HEIDEGGER, M. *Überlegungen VII-XI (Schwarze Hefte 1938-1939). GA 95*. Frankfurt am Main: Klostermann, 2014.

HEIDEGGER, M. *Überlegungen XII-XV (Schwarze Hefte 1939-1941). GA 96*. Frankfurt am Main: Klostermann, 2014.

HEIDEGGER, M. *Anmerkungen I-V (Schwarze Hefte 1942-1948). GA 97*. Frankfurt am Main: Klostermann, 2015.

HEIDEGGER; M.-KASTNER, E. *Briefwechsel 1953-1974*. Berlin: Insel, 1986

HEREF, J. *Il modernismo reazionario*. Milano: Rusconi, 1988.

NOLTE, E. *Martin Heidegger tra politica e storia*. Bari: Laterza, 1994.

SIMONETTI, M. *I Quaderni Neri di Heidegger. Una lettura politica*. Alatri: Idrovolante, 2019.

SIMONETTI, M. *Stasera dirige Nietzsche. La musica tra filosofia e politica*. Roma: Pantheon, 2005.